

hombre: sí, precisamente á los pueblos impíos corresponden los tiranos.

Podrá quizá suceder que confiados los pueblos modernos en el estudio mas generalizado en el dia, de las letras, de las ciencias y de las artes, crean poder evitar por medio de ellas los peligros que los amenazan, y aun suplir con su influencia la de la religion misma. ¡Vana esperanza! Yo estoy muy léjos de participar de la paradoja del novelero Juan-Santiago sobre las ciencias y las letras, y diré al contrario con mucho gusto sirviéndome de los mismos términos de Bossuet, que los que las cultivan con fruto son uno *de los mas bellos ornamentos del mundo*. Pero sepamos libertarnos de un entusiasmo que podria ser tan funesto como fuera de razon. El verdadero sabio podrá ciertamente ver en las ciencias, en las letras y en las artes las decoraciones ó algunas columnas del edificio; pero no las mirará como su cimiento. Lo que da á la moral su mas firme apoyo, y asegura mas la estabilidad de las instituciones humanas, lo que consuela y alivia mas eficazmente las clases mas numerosas de la sociedad, á los desgraciados y á los indigentes, lo que ilustra á los ignorantes sin corromperlos, y lo que sin cortar su vuelo al talento le contiene en ciertos

límites; esto es el verdadero fundamento del órden y de la justicia sobre la tierra, esto es lo que reclaman con preferencia la felicidad y la libertad pública, y esto precisamente lo que se halla en la religion. ¿De qué sirven las lecciones de nuestras sabias escuelas para la multitud que no puede comprenderlas? ¿Y se creará acaso tampoco que las luces sean la virtud? No, señores: si la ignorancia tiene sus vicios, tambien el saber tiene los suyos, y el entendimiento tiene su intemperancia, así como el corazon. Todas esas cosas tan alabadas pueden llegar á ser nuevo instrumento de corrupcion, y contribuir á fomentar las pasiones en lugar de precaver sus descarríos, y hacer el mal tanto mas incurable cuanto quizá se abuse de los conocimientos adquiridos para llamarle un bien. En los tiempos felices en que se honra la religion, el talento está contenido y dirigido por su divina autoridad; hasta los espíritus mas independientes se glorian de humillarse ante ella, y entre los homenajes de la multitud apenas se perciben los insultos de algunos pocos; pero cuando por una degradacion insensible al principio, y bien pronto mas rápida y mas manifiesta, se llega á aquellas épocas deplorables en que la religion no es mas que un objeto de escarnio

y de desprecio, muchos de aquellos mismos á quienes la naturaleza destinaba á ilustrar á sus semejantes se inficionan del contagio universal; se hacen hijos de su siglo; se extravían por las malas doctrinas en que han sido criados y educados; se hacen á su vez sus propagadores, y abusan por último de su talento para acreditar errores funestos, hermoseándolos con colores seductores. Entónces se forma una mezcla de ateismo y de presuncion de ingenio, de ciencia y de barbarie, de urbanidad en las palabras, y de depravacion en las cosas; se alteran todas las verdades, se erigen en sistemas todas las paradojas, se sustituyen opiniones á creencias, y nace por último ese escepticismo, esa incertidumbre y esa anarquía de ideas que preparan el camino á todo género de seduccion y de tiranía. Sin ir á buscar ejemplos de esto en la antigüedad, ¿no conocemos nosotros mismos en nuestra propia historia una época en que lo que se llama las luces no pudo salvar la Francia de los mas espantosos sucesos, y en que el mas alto grado de perfeccion en las ciencias se juntó con el último grado de la perversidad humana? Concluyamos pues, que pretender reemplazar la religion con el saber, es abandonar lo necesario por correr tras de lo útil; y por consiguien-

te no separemos mas lo que debe estar unido para el bien de la humanidad.

En lugar de contemplar la religion por el lado mas sublime, es decir, en sus relaciones con nuestros destinos eternos, solo la he mirado por la parte ménos importante á los ojos del cristianismo; es decir, en sus relaciones con los intereses humanos. No permita Dios que yo me avergüence del evangelio. *Non erubesco evangelium* [1]. ¿Pero por qué el espirtu del siglo nos ha de obligar á deprimir así nuestro ministerio? ¡Ah! existe en el dia un gran número de hombres que á todo se acomodarian con tal que hallasen en la tierra la fortuna y el reposo, y por tanto nos es preciso decirles primeramente que sin la religion que tanto desprecian no conseguiránlo queúnicamente buscan, y que ella es la que principalmente vela en mantener las costumbres, las leyes y la libertad; ella la que protege la seguridad de las personas y la conservacion de sus bienes; y que miéntras ellos quizá la insultan, ella los defiende con su poderosa proteccion: en una palabra, es necesario decirles que si este mundo social, al que tienen la desgracia de limitar todos sus pensamientos:

[1] Rom. I. 16.

no estuviese vivificado por la religion, vendria á disolverse en la anarquía ó á embrutecerse en la esclavitud: el Rey Profeta no hacia mas que expresar bajo de una imágen viva y popular una idea eminentemente política, cuando hace tres mil años decia: „Si el Señor no guarda la „ciudad, inútilmente se desvela el que la guar- „da.” *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam* [1].

Yo no ignoro, señores, que cuando el ministro de la religion deplora alguna vez los estragos de las perversas doctrinas, cuando expresa el deseo de ver al fin detenerse los entendimientos en la carrera de la incredulidad, y cuando hace conocer todo lo que esta amenaza al reposo y á libertad de los pueblos, como que se miran sus lamentos y deseos en cierto modo como indiscretos y supersticiosos, se le acusa de querer hacer retrogradar la generacion presente, y se cree haberlo dicho todo alegando que es preciso caminar con su siglo: máxima vaga y cómoda, verdadera bajo mas de un aspecto, pero que á fuerza de aplicarse sin discernimiento, puede llegar á ser muy funesta y precipitarnos en un abismo. Procuremos, señores, acla-

[1] Psalm. CXXIV. 1

rar bien la verdad, y que el uso legítimo de una máxima tan comun en el dia no nos impida ver los males que podrian acarrear sus falsas aplicaciones.

En efecto, señores, en las cosas indiferentes que el tiempo hace nacer y morir, en aquellas cosas abandonadas á las investigaciones, á las combinaciones, y en cierto modo á los caprichos del entendimiento humano, marchemos con el siglo; convengo en ello. En aquellas, por ejemplo, en que descubrimientos brillantes hayan engrandecido el imperio de los conocimientos humanos, derramado una luz mas viva sobre los diferentes ramos de las ciencias naturales, y desterrado las antiguas teorías para fundar otras nuevas, no nos obstinemos contra la experiencia, ni disputemos á nuestros contemporáneos la gloria que les pertenece; marchemos con el siglo. En lo respectivo á los nuevos usos, á las nuevas necesidades y nuevas relaciones de familia á familia y de pueblo á pueblo, que hayan podido introducir los progresos de las artes, de la industria y del comercio, dando, digámoslo así, al mundo una faz ántes desconocida, en lo respectivo á aquellas variaciones mas ó ménos grandes que el imperio del tiempo que gasta y destruye todo lo que es hu-

mano, haya podido introducir en las leyes y en las instituciones, no insultemos la memoria de nuestros padres que habrán podido muy bien ser tan sabios como nosotros; pero tampoco pidamos á la edad media sus costumbres y su legislacion; en esto marchemos tambien con el siglo. Pero marchar con el siglo cuando las doctrinas perversas, ocultándose bajo de un hermoso nombre, continuan corrompiendo las generaciones nacientes; cuando se afecta hablar de moral para ultrajar mejor la religion que es su apoyo mas firme; cuando con solo no ser cristiano se crée ser filósofo; cuando se llaman luces las que no son mas que tinieblas, y cuando se tiene por progresos de la razon lo que no es mas que su delirio, marchar, digo, entónces con el siglo, léjos de ser sabiduría es debilidad de alma ó de carácter, es un crimen. Aquí es donde el ministro de los altares, donde el padre de familias, el maestro de la juventud, el literato y el sabio deben formar una santa liga contra los sofistas. ¡Ah señores! El camino hácia el mal es tan rápido, y el hombre sufre tan mal todo freno, que si aquellós que por su carácter, por sus dignidades, su edad y sus conocimientos estan naturalmente destinados á la conservacion de las buenas doctrinas y de las

buenas costumbres, no las defendiesen con valor, bien pronto caeria toda la sociedad en el desórden y en la confusion.

Traed á vuestra memoria, no esos hombres harto célebres que embriagados de una falsa gloria han hecho resonar su nombre en todo el universo llenándole de desastres y de calamidades, sino esos hombres verdaderamente grandes y que mas han honrado á la especie humana por sus virtudes ó por su ingenio, y vereis que en lugar de marchar ciegamente en todo con sus contemporáneos, han empleado casi siempre todos sus esfuerzos en detenerlos en su insensata carrera. ¿Qué hacian antiguamente Focion en la tribuna, Sócrates por medio de sus lecciones, Caton en medio del senado, y Ciceron en sus obras filosóficas? Luchaban contra los que adu- laban al pueblo, contra los corruptores de la moral, contra los despreciadores de las antiguas máximas, y contra los enemigos de las doctrinas religiosas. ¿Qué hacian tambien en la anti- güedad los Licurgos y los Numas; en la edad media un Carlomagno y un S. Luis, y en tiempos mas modernos los Jimenez, y los Sully? Luchaban para contener por medio de las leyes los vicios y la ferocidad de la multitud, para desarraigar los abusos y las malas costumbres,

y para comprimir la licencia y la rebelion. ¿Y qué han hecho los santos ó ilustres personajes de que se honra la Iglesia cristiana, desde los Benitos hasta los Vicentes de Paul, y desde los Agustinos hasta los Fenelon? ¿Conocieron acaso los errores de su tiempo solo para profesarlos, la corrupcion pública solo para lisongearla, la ignorancia solo para respetar sus tinieblas, y la relajacion de costumbres y de la moral solo para dejarse arrebatar por ella? No ciertamente, sino al contrario; por sus escritos, por medio de saludables reformas y de sabias instituciones, se opusieron al torrente de las malas doctrinas como de las malas costumbres, y la historia atestigua el buen éxito de sus esfuerzos, y su noble valor.

Así pues, señores, demos al siglo lo que tiene derecho á reclamar; pero sepamos rehusarle lo que no podria obtener sino para su ruina y la de las edades siguientes. Si aun los espíritus de un órden superior deben en ciertas cosas acomodarse á su siglo, tambien en otras muchas deben dominarle, sujetarle, detenerle en sus extravíos, y hacerle marchar por las sendas de la sabiduría y de la verdad. A las clases elevadas é ilustradas de la sociedad pertenecé hacer triunfar las buenas doctrinas; este es su des-

tino, este es el vuestro, señores: la patria y la religion os llaman á cumplirle, y fieles á su voz no defraudareis sus esperanzas. No hay salvacion para nosotros sino en esas doctrinas sanas y conservadoras del órden y de la justicia; y la religion es la que todas las guarda, y las enseña todas. Reine ella en los corazones para apagar los odios y las disensiones; reine en las familias para mantener en ellas la paz y las buenas costumbres; alimente la humanidad en el rico, la resignacion en el pobre, la integridad en el magistrado, la obediencia en los pueblos, y en todos la probidad, y entónces, solo entónces podrá la autoridad ser tutelar sin ser violenta, y la seguridad pública podrá hermanarse con la libertad de todos. Sí, por la sabiduría, que no es otra cosa que una religion ilustrada y sincera, nos vendrán todos los bienes á un tiempo, como dicen nuestros libros santos [1], y nuestra nacion á pesar de sus desgracias volverá á ser lo que debe ser, la primera de las naciones civilizadas.

Si mi voz es demasiado débil para hacer prevalecer estas grandes verdades, puedo, al concluir, apoyarme en los ejemplos y en la autori-

[1] Sap. VII, 11.

dad del santo Rey que es hoy objeto de nuestra piadosa veneracion. ¡Cuánto imperio no ejerció sobre su siglo y sobre los siguientes! Puede verdaderamente decirse que su reinado fué el reinado de la religion misma. Ella fué la que le inspiró tantas reformas atrevidas, tantas leyes llenas de sabiduría y de fuerza, tantas fundaciones tan preciosas para la humanidad, ó tan favorables á los progresos de los conocimientos humanos; y ella la que dirigiendo sus acciones tanto en la paz como en la guerra le hizo el padre de su pueblo, el árbitro de las naciones y de los reyes, y la admiracion de los bárbaros. ¡Cómo en efecto se manifiesta toda su alma regia y cristiana en las instrucciones que dejó al heredero de su corona! En ellas le recomienda ciertamente este buen rey dedicarse á la felicidad de su pueblo; pero para hacerle mas inviolables y sagradas sus obligaciones le presenta la religion como su regla suprema, y pone á la cabeza de sus deberes los que le estan impuestos para con el Señor soberano de los reyes lo mismo que de los vasallos. Esta augusta leccion estaba impresa en el alma del monarca que el cielo tenia como de reserva para sondear y curar todos nuestros males, y que en cierto modo en nada tendria ser hijo de san

Luis si no representase en su persona sus reales virtudes. Viva tanto como lo desea nuestro amor; y merezca mas y mas la gloria de ser llamado en la mas lejana posteridad el restaurador de la religion y de las buenas costumbres, y por ellas de la monarquía. Así sea.

SOBRE

LOS LIBROS IRRELIGIOSOS.

Sermo eorum serpit ut cancer.

Los discursos impíos son como una
gangrena que extiende insensible-
mente su corrupcion.

HAY un mal que despues de haber atormentado la generacion presente, podria aun causar la ruina total de las generaciones futuras: un mal que habiéndose propagado desde la capital á las provincias á modo de un contagio, ha llegado á inficionar los campos no ménos que las ciudades, y las clases mas oscuras lo mismo que las mas elevadas; un mal en fin tan extendido y arraigado, que parece incurable, y para el cual, si no se quiere que todo perezca, costumbres, leyes, instituciones, y hasta la Monarquía, es preciso buscar algun remedio, ya sea para extirparle, ó ya á lo ménos para dis-

minuir sus estragos: hablo, señores, de la circulacion cada dia mayor de una multitud de libros contra la religion. Tan espantoso desórden ha excitado ya el celo de un elocuente obispo, que durante cincuenta años de su carrera oratoria ha dado tantos y tan gloriosos combates á la impiedad de su siglo; y aunque sola esta consideracion acaso hubiera debido obligarnos á guardar silencio, hemos pensado que nunca debe haber descanso en combatir un mal que no cesa de reproducirse bajo de mil formas diferentes; y que el destino de todo ministro de la religion es defenderla en proporcion de sus fuerzas y de su talento. ¿Y deberia tampoco á vista de semejante escándalo permanecer muda esta cátedra, despues de haber sido ilustrada por los Bossuet, y los Massillon?

Esta es, señores, la vez primera que impugno directamente en un discurso particular las producciones literarias de la impiedad moderna. Lo he creido un deber ya para con la religion, cuyo especial defensor me he constituido entre vosotros por vocacion y por eleccion: ya para con mi patria, cuya ruina tengo por inevitable si llegase á extinguirse en ella el cristianismo, y ya en fin para con este auditorio que acaso tenga derecho á esperar de mí que en la